



Absoluto somos sólo tú y yo.

Andrea Giacometti Barth
3.707.128-8

FACULTAD DE PSICOLOGÍA
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Tutor: Prof. Adj. Mag. Octavio Carrasco
Revisor: Prof. Agdo. Dr. Guillermo Milán Ramos

Salto, Abril de 2021

Índice

Resumen.....	1
Introducción.....	1
Capítulo 1. Sobre la Neurosis obsesiva Freudiana	
1.1. La Neurosis obsesiva para Freud.....	3
1.2. Síntomas y mecanismos de formación.....	5
1.3. Origen y elección de la neurosis.....	7
1.4. Caso El Hombre de las Ratas (breve: planteo sobre amor-odio al padre, culpa por onanismo y escena con el padre, deuda del padre, figura de los amigos)	8
Capítulo 2. Relectura de Lacan sobre la Neurosis obsesiva	
2.1. De la novela familiar al mito individual del neurótico.....	11
2.2. Real, Simbólico e Imaginario. El estadio del espejo.....	13
2.3. El Otro, el otro y el falo.....	14
2.4. ¿Qué desea el obsesivo?.....	16
Capítulo 3. Pensando en el final	
3.1. Reseña.....	17
3.2. La pregunta obsesiva.....	19
3.3. La madre y el padre.....	21
3.4. Desdoble y unidad.....	23
Consideraciones finales.....	26

RESUMEN

El presente trabajo pretende profundizar sobre la temática de la neurosis obsesiva desde una perspectiva psicoanalítica. Para ello se parte de las principales conceptualizaciones de Sigmund Freud al respecto de su definición, origen, la posibilidad de desencadenamiento de esta forma de neurosis, sus síntomas y mecanismos de formación.

A partir del caso *El Hombre de las Ratas* de Freud (1909), se procura dejar planteados algunos de los aspectos más sobresalientes del cuadro obsesivo, en particular los referidos a los sentimientos ambivalentes hacia el padre, la culpa por las escenas de onanismo, la deuda del padre y la figura de los amigos.

Desde los aportes de Jacques Lacan: el texto *El mito individual del neurótico* (1953), la introducción de los tres registros: Real, Simbólico e Imaginario, el estadio del espejo y las figuras del otro y del Otro, se trabaja sobre la relación del obsesivo y su deseo, la imposibilidad de realización del mismo, la procrastinación y el lugar del falo; que orientarán en la pregunta sobre el deseo del obsesivo.

Como recurso para poder plasmar varios de los conceptos clínicos que se traen y teorizar sobre ellos se incorpora un caso clínico construido a partir de la película *Pienso en el final* (*I'm Thinking of Ending Things*; Charlie Kaufman EE.UU., 2020) y la novela homónima de Iain Reid (2016) en la que se basa.

Palabras clave: neurosis obsesiva, ambivalencia, deuda, deseo, muerte, otro, Otro.

INTRODUCCIÓN

La propuesta de este trabajo tiene como objetivo investigar sobre la neurosis obsesiva desde las teorizaciones de Sigmund Freud y los aportes de Jacques Lacan a partir de la relectura freudiana. Ambos como los más importantes exponentes de la teoría psicoanalítica.

La elección de la temática surge del interés por el campo psicoanalítico; diversas lecturas, actividades de formación y el camino recorrido en el propio análisis inauguraron algunas preguntas a las que el proceso de tutoría también asistió a dar forma. ¿De qué hablamos cuando hablamos de neurosis obsesiva? ¿Cómo la reconocemos a través de sus síntomas? ¿Cuál es su origen y cómo se diferencia de otro tipo de neurosis?

El recorrido intenta dar cuenta del avance en el estudio de la neurosis obsesiva en tiempos de Freud: su definición, orígenes, síntomas y mecanismos de formación; lo que acompaña también la evolución de otras elaboraciones conceptuales del psicoanálisis.

Para cerrar el primer capítulo se presenta el emblemático caso *El Hombre de las Ratas* (1909), introduciendo desde el mismo una mirada enfocada en la relación de amor-odio hacia el padre, la culpa por las escenas de onanismo, la deuda del padre y la figura de los amigos. La elección de estos elementos no es casual, ya que será sobre ellos que se profundizará en el segundo apartado, articulados desde la obra de Lacan.

Algunas consideraciones ante la lectura de *El mito individual del neurótico* (1953), -- las conceptualizaciones sobre Real, Simbólico e Imaginario y el estadio del espejo--, serán imprescindibles a la hora de profundizar sobre el drama obsesivo planteado por Lacan. Las figuras del otro: como el alter ego, su propio doble; y del Otro para quien el obsesivo ejecuta su papel -quien asiste al espectáculo- se harán eco del desdoble obsesivo. De la mano de la duda, la procrastinación y lo imposible contribuyen a pensar en la pregunta sobre el deseo obsesivo.

El término “obsesivo” en la actualidad ya no solo posee un estatuto patológico con el consiguiente sufrimiento que lo acompaña, también ha pasado a formar parte del lenguaje corriente y aparece junto a otros un tanto banalizado, como si al nombrar un padecer o una práctica con este nombre pudiera disiparse. También comienza a ser usual que se le dé una connotación positiva en la búsqueda laboral o se insinúe como aspecto a valorar, lo que es aún mucho más inquietante.

Asistimos a un momento donde el capitalismo y la hipermodernidad (Lipovestky, 2004) ofrecen un sinnúmero de posibilidades con matices de exigencias, como ya lo han desarrollado autores como Foucault (1978) o Bauman (2000): cuerpos y mentes trabajados, bronceados, preparados, formados, exigidos y competentes. Ni siquiera el mundo psi parece intentar escapar de esta tendencia, sino que ha contribuido y contribuye a la psicologización de la vida, --como sugiere Foucault (1973-1974)-- en un comienzo de la mano de la psiquiatría, reproduciendo mecanismos de poder y delimitando lo normal de lo anormal. La psicología también se ha convertido en un bien de consumo a través de las posibilidades que brindan la psicoeducación y las terapias que prometen un resultado inmediato. Dicho esto, no es de extrañar, que ser “eficazmente feliz” surja como un imperativo; que conduzca a realizar un sinnúmero de acciones muchas veces alejadas del deseo y el contento. Este escenario parece suscitarse como ideal para la neurosis obsesiva. ¿Cómo escapar de estas exigencias

y acercarse al propio deseo? Se considera que allí es donde el psicoanálisis puede arrojar luz y donde se confiere gran actualidad a la temática.

Interesa a este trabajo plantear una mirada diferente, poder profundizar sobre el recurso del que se vale la neurosis obsesiva para expresar sus pensamientos secretos, de forma tan similar al pensar consciente que la vuelve difícil de entender y de estudiar.

También poner de manifiesto las molestias que se toma el neurótico obsesivo en salvaguardar su deseo y acercarnos a la respuesta sobre el mismo. Respuesta que se intuye relacionada con el propio ser y su existencia. De la mano de otros -porque sería imposible de otra forma- adviene la pregunta sobre el *¿Che vuoi?* Lacaniano: *¿Qué me quiere el otro?* preguntas que no pretenden agotarse, sino volverse parte de esta búsqueda académica y personal.

Por último, se utiliza el recurso de construcción de un caso clínico a partir de la película *Pienso en el final (I'm Thinking of Ending Things)*; Charlie Kaufman EE.UU., 2020) y la novela homónima de Iain Reid (2016) en la que se basa, con la intención de ilustrar varios de los componentes teóricos y dar lugar a la reflexión-articulación.

Capítulo 1. Sobre la Neurosis obsesiva Freudiana

1.1. La Neurosis obsesiva para Freud

El término neurosis aparece en la primera mitad del siglo XIX de la mano del médico escocés William Cullen. Según el *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis (1996), en un principio el mismo fue usado para designar las enfermedades de tipo nervioso, entre las que se encontraban la dispepsia, palpitaciones cardíacas, cólicos, la hipocondría y la histeria.

Es importante aclarar que en un principio las conceptualizaciones de Freud con respecto a la neurosis están muy ligadas a la histeria, como una de las afecciones dentro de la neurosis en la que Freud hace sus primeros avances teóricos. Cuando Freud entra en escena, ya hace un par de siglos que se discuten distintas etiologías sobre este padecimiento. Breuer (1895) ya había anticipado como condición necesaria una predisposición a la escisión de la consciencia en estados psíquicos separados (estados hipnoides) para el desarrollo de la histeria. Freud (1895) agrega a esta concepción el concepto de defensa frente a lo sexual,

planteando que las escisiones de un grupo de representaciones que son respuestas a un hecho traumático de índole sexual, son las que le dan origen (Amoruso y Bruno, 2010).

Freud (1923-24) define a la neurosis como el resultado de un conflicto entre el yo y el ello (ambas instancias integrantes del aparato psíquico junto al superyó). Como se expresa en *Esquema del Psicoanálisis* (1938-40), el yo es el representante de lo que puede llamarse razón y prudencia, con la tarea de autoconservación. Intenta ir “ganando imperio sobre las exigencias pulsionales, decidiendo si debe consentírseles la satisfacción, desplazando esta última a los tiempos y circunstancias favorables en el mundo exterior, o sofocando totalmente sus excitaciones” (p. 144). Es quien media entre el ello, el superyó y la realidad, considerando correcta una acción cuando logra reconciliar las exigencias de estos tres elementos. También es el encargado de los mecanismos de defensa y represión.

Por su parte, el ello contiene las pasiones, es la más antigua de las instancias psíquicas, lo que se trae con el nacimiento, exige la realización de las pulsiones que vienen del cuerpo. Así como el ello se agota con exclusividad en la ganancia de placer (principio de placer) el yo está gobernado por el miramiento de la seguridad (principio de realidad) (Freud, 1938-40).

El superyó, es un tercer poder dentro del yo, donde se prolonga el influjo de los padres, así como la tradición de la familia, la raza y el pueblo y los requerimientos sociales. Dirá Freud en *El yo y el ello* (1923): “Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó” (p. 49). El superyó es el heredero del complejo de Edipo. Éste último, según Laplanche y Pontalis (1996), se trata del “Conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto a sus padres” (Laplanche y Pontalis, p. 61).

Interesa señalar aquí una observación que el mismo Freud hace, en el texto *Neurosis y Psicosis* (1923-24):

El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el yo (p. 36).

Entre 1894 y 1895, Freud aísla la neurosis obsesiva, diferenciándola de la histeria como afección. En ella se unen las ideas obsesivas, la compulsión por realizar actos indeseables, lucha contra estos pensamientos y ceremoniales; un tipo de pensamiento

rumiante, caracterizado por la duda y los escrúpulos, que conduce a inhibiciones del pensamiento y de la acción. En ella se interioriza una tensión entre el yo y un superyó extremadamente cruel (Laplanche y Pontalis, 1996).

En palabras del propio Freud (1916-17):

La neurosis obsesiva se exterioriza del siguiente modo: los enfermos son ocupados por pensamientos que en verdad no le interesan, sienten en el interior de sí impulsos que le parecen muy extraños, y son movidos a realizar ciertas acciones cuya ejecución no les depara contento alguno, pero les es enteramente imposible omitirlas (p. 236).

Con estas palabras Freud habla de la neurosis obsesiva en cuanto a sus síntomas, en cómo éstos se exteriorizan desde lo que ha podido observar en la clínica, y para que sea entendido por quienes no estaban familiarizados con su teoría.

Abordaremos ahora los mecanismos de formación de estos síntomas y lo que Freud llamó "elección de la neurosis".

1.2. Síntomas y mecanismos de formación

Ya en el caso Dora, en *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905), Freud expone la complejidad con que los síntomas se originan: "(...) un síntoma tiene más de un significado y sirve para la figuración de varias ilaciones inconscientes de pensamiento. (...) una única ilación de pensamiento o fantasía inconsciente difícilmente baste para la producción de un síntoma" (p. 42).

Freud equipara la etiología del síntoma a las operaciones fallidas y los sueños. Al igual que éstos últimos, su formación se vale de los mecanismos de desplazamiento y condensación.

Del desplazamiento se dirá que es el mecanismo encargado de sustituir un objeto inaceptable por uno aceptable, por ejemplo, la sustitución expuesta en *Acciones obsesivas y prácticas religiosas* (1907), en la cual la paciente podía sentarse en un único sillón y sólo dificultosamente levantarse de él. Por un detalle de su vida conyugal el sillón representaba a su ex marido, a quien guardaba fidelidad a pesar de estar separados. Para explicar su compulsión la paciente halló la frase: "Es tan difícil separarse de algo (marido, sillón) sobre lo cual uno se ha sentado. . ." (Freud, p. 104). El desplazamiento, entonces actúa como disfraz o desfiguración que permite llegar a la conciencia, contenido que de otra manera habría quedado censurado. Este mecanismo gobierna los procesos anímicos de la neurosis

obsesiva, estableciendo un simbolismo que va desde lo genuino (marido) a algo pequeño que lo sustituye (sillón); llevando a convertir lo que es ínfimo a lo más importante y urgente (Freud, 1907).

La condensación, por otra parte, es la representación de varias cadenas asociativas, una especie de resumen donde un elemento posee varias significaciones o a la inversa, donde cada una de éstas puede encontrarse en varios elementos (Laplanche y Pontalis, 1996).

En la 23ª conferencia. *Los caminos de la formación de síntoma*, Freud (1916-17) retoma la idea de conflicto para explicar la resistencia de los síntomas. Dos fuerzas enemistadas coinciden en el síntoma, en torno de una nueva modalidad de la satisfacción pulsional.

La libido (energía de la pulsión) rechazada puede intentar el camino de la regresión, a lo que el yo no siempre accede. En este caso la libido deberá valerse de representaciones con lo cual pasa al terreno inconsciente, donde se encuentra con los mecanismos de desplazamiento y condensación nombrados anteriormente. De todas formas, la contradicción la persigue como contrainvestidura, por lo que el síntoma enmascara, desfigura de manera múltiple y ambigua, con significados que se contradicen entre sí, procurando que pueda darse el cumplimiento del deseo libidinoso inconsciente (Freud, 1916-17).

De la deformación se desprende que, muchas veces, los síntomas sean inexplicables para quien los padece o no guarden ni remota relación con lo que pueda considerarse una satisfacción en el lenguaje corriente. En los cuadros de neurosis obsesivas, las contrainvestiduras y formaciones reactivas adquieren protagonismo y son quienes dominan el cuadro clínico, ambas en sentido opuesto de las exigencias pulsionales (Laplanche y Pontalis, 1996).

Retomando la definición ofrecida para neurosis -como conflicto entre el yo y el ello- 23ª conferencia (1916-17), Freud plantea que los síntomas “Casi siempre prescinden del objeto y resignan, por tanto, el vínculo con la realidad exterior. Entendemos esto como una consecuencia del extrañamiento respecto del principio de realidad, y del retroceso al principio de placer” (p. 334).

1.3. Origen y elección de la neurosis

Con respecto a la elección de la neurosis, se observan en la obra de Freud diferentes momentos. En un principio el autor relaciona la neurosis obsesiva con un despertar sexual prematuro inducido por un adulto, idea que luego se complementa con la teoría de la sexualidad infantil, en particular con una fijación y regresión a la etapa sádico-anal.

En su texto *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud (1925-26) habla de la regresión como una “desmezcla de pulsiones” en la que se segregan los componentes eróticos. En el período de latencia de la infancia, con el sepultamiento del complejo de Edipo se consolida el superyó. También se crean en este período, las barreras éticas y estéticas que en el obsesivo rebasan la medida normal, y la consiguiente severización del superyó. El yo desarrolla -dirá Freud-, en obediencia al superyó, elevadas formaciones reactivas de la conciencia moral, la compasión, la limpieza y “(...) se proscriba a sí mismo la tentación del onanismo de la primera infancia, que ahora se apuntala en representaciones regresivas (sádico-anales), a pesar de lo cual sigue representando la participación no sujeta de la organización fálica” (p. 109).

Constituye una contradicción interna:

(...) exagerada en la neurosis obsesiva, puesto que es inherente al modo normal de eliminación del complejo de Edipo. Toda desmesura lleva en sí el germen de su autocancelación, lo cual se comprueba también en la neurosis obsesiva, pues justamente el onanismo sofocado fuerza, en la forma de las acciones obsesivas, una aproximación cada vez mayor a su satisfacción (Freud, 1925-26 p. 110).

La regresión, la represión, las formaciones reactivas y conrainvestiduras aparecen en la neurosis obsesiva combinadas de diferente forma reforzando el conflicto en dos dimensiones: lo que se defiende deviene más intolerante, y aquello de lo que se defiende, más insoportable. Tal como queda planteado en el texto *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1925-26), la neurosis obsesiva ofrece una gran cantidad de variaciones donde la regla general parece ser la de procurar cada vez más espacio para la satisfacción sustitutiva a expensas de la denegación. Es de esperar que el resultado sea un yo cada vez más limitado y el desenlace de un temido final: la parálisis de la voluntad del yo, por encontrarse ante cada decisión entre dos impulsiones de carácter opuesto.

A partir de 1920, Freud introduce la idea de pulsión de muerte y desarrolla la segunda tónica, junto al concepto de superyó; ambos conceptos servirán para revisar las causas que originan un tipo de neurosis y no otra.

La pulsión de muerte (en contraposición a la pulsión de vida o lo que el autor llama Eros) es descrita como la “tendencia fundamental de todo ser vivo a volver al estado inorgánico” (Laplanche y Pontalis, 1996 p. 336) y la reducción completa de todas sus tensiones. Adquiere gran importancia en la neurosis obsesiva, en especial si se la relaciona con las nociones de ambivalencia, agresividad, sadismo y masoquismo (pulsión de muerte dirigida a la misma persona o al exterior). Esta noción se retoma más adelante en el texto, en especial en la presentación del caso final.

1.4. Caso El Hombre de las Ratas

A partir del caso El Hombre de las Ratas, de Freud (1909), se seleccionan cuatro elementos que se consideran centrales para el desarrollo del trabajo y se retoman una vez expuestos los planteos de Lacan: la relación ambivalente con el padre, la culpa por las escenas de onanismo (en particular la escena de castigo del padre), la deuda paterna y la figura de los amigos.

La relación ambivalente con el padre

Desde el comienzo del caso, el joven relata que sus principales ideas obsesivas son el temor de que le ocurra algo a dos personas a las que ama: su padre y una dama a la que admira. En especial luego de haber escuchado sobre un castigo en la milicia --relatado por un superior, nombrado en el texto como "capitán cruel", en el cual se introduce sobre el trasero un tarro dado vuelta en el que hacen entrar ratas, que penetran en el ano de la víctima-- teme que ese castigo les sea infligido a su padre o a la dama. Sólo en sesiones posteriores dirá que el padre ya ha fallecido, esto agrega mayor extrañeza a su temor. Dice que siempre fueron muy unidos con el padre y ante la presentación de la idea (propuesta por Freud) de que un amor tan grande (hacia el padre) podría encubrir un odio de igual magnitud, este descarta la idea y dice no tener recuerdos de sentimientos hostiles hacia el padre. Cuando se avanza en el caso, comienza a recordar episodios de violencia y castigos corporales del padre (según lo que le han contado muchas veces) y a lo cual no ha dado mayor importancia, en general relacionados con escenas de onanismo, con el paciente como protagonista.

Recuerda una idea que tuvo en su niñez: si el padre muriera podría ganar el favor de una niña a la cual admiraba, idea que se repite ante sus primeros encuentros sexuales, cuando piensa que uno podría matar a su padre por una experiencia tan placentera. También anterior al fallecimiento del padre tuvo la idea de que, si este muriera, él podría -con su herencia- tener los medios económicos para casarse con la joven admirada. Todas estas

ideas son rechazadas y le generan gran tormento, al punto de terminar deseando lo contrario, por ejemplo, en el caso de la herencia, que el padre lo desherede por haber tenido tales pensamientos. Es importante distinguir ciertas ideas de omnipotencia, que se presentan encarnadas en el padre (pensaba de niño que sus padres sabían sus pensamientos), y a veces en sí mismo (al pensar que la muerte del padre pudo ser influenciada por su propio deseo).

Quedan planteados a lo largo del caso, una gran ambivalencia entre los sentimientos de amor-odio hacia el padre, sentimientos de ternura que encubren la agresividad y la consiguiente culpa que los acompaña.

Culpa por escenas de onanismo y en particular la escena con padre

Con respecto a la vida sexual del joven --es casi lo primero que lleva a sesión, aduciendo que ha leído a Freud y algunas de sus teorías-- aclara que tuvo una vida sexual que empezó muy temprano, de la mano de algunas niñeras que le permitieron tocarlas o verlas con poca ropa, incluso en momentos del baño. Dice haber sentido siempre una gran curiosidad por el cuerpo femenino desnudo, idea que es acompañada del miedo de que le suceda algo malo a su padre.

Hay una escena a la que se confiere gran importancia, que el paciente dice no recordar, a no ser por el relato de sus padres. Ocurre mientras su hermana mayor --quien luego muere-- está enferma. El paciente emprende algo por lo que el padre le pega. Mientras el padre lo castiga él comienza a insultarlo con especial violencia, pero como no conoce aún palabras insultantes utiliza las que conoce: “¡Eh, tú, lámpara, pañuelo, plato!” El padre cesa de pegare y expresa: “El pequeño será un gran hombre o un gran criminal” (Freud, 1909 p. 161) El joven comenta que el padre nunca más le pega luego de esa escena, pero dice que él mismo se ha vuelto un cobarde desde ese momento.

El joven averigua luego que esta escena ocurrió entre sus 3 y 4 años, por haber mordido a alguien. La madre dice no recordar a quien, pero comenta que probablemente a la niñera, aunque también podría tratarse de la hermana muerta.

Deuda paterna

Por su relato se sabe que el padre también ha servido en la milicia, lugar donde contrajo una deuda por haber apostado dinero que estaba destinado a gastos militares.

Un amigo le presta el dinero, pero el padre lo busca luego del servicio militar para devolvérselo y no vuelve a encontrarlo. El joven no tiene certeza de que este dinero haya sido devuelto alguna vez. Esta situación establece una de las deudas del padre.

La otra deuda deviene de que el padre había accedido a un matrimonio con la madre que roza la conveniencia. Este elemento no es menor, ya que recorre prácticamente todo el caso. El joven, en el momento del tratamiento, se encuentra en la misma encrucijada que le supuso al padre: casarse por amor con la dama que admira o en un matrimonio económicamente conveniente, con la hija de un primo de la familia que adoptó a su madre. Vale aclarar que esta encrucijada es la que se presenta como disparadora de los síntomas y a través de su enfermedad, una imposibilidad para el trabajo, e inhibición de la voluntad, con lo que se exige temporalmente de dar solución al conflicto.

En medio de una maniobra militar el paciente compra un par de quevedos que llegan por correo y le son entregados por el capitán cruel. Éste le dice que debe pagar la deuda a un compañero A. Luego se entera que quien pagó es el compañero B, hasta caer en la cuenta que a quien debe es a la encargada del correo (ésta ha tenido palabras lisonjeras hacia él). Se suscita una especie de “mal entendido”, ya que él parece siempre haber sabido esto último, lo que desencadenará toda una crisis obsesiva, cuyas verdaderas razones retomaremos en el apartado sobre el mito individual del neurótico.

Los amigos

El último elemento a ser puntualizado es el lugar de los amigos en el caso. Ya se ha dicho que en los primeros relatos del paciente aparece una clara referencia a su vida sexual, y cómo esta comienza muy temprano en la niñez. En el comienzo del tratamiento --cuando Freud le propone la única condición de la cura: hablar de todo lo que se le venga a la cabeza--, inmediatamente antes de hacer alusión a su vida sexual, el paciente comenta que tiene:

(...) un amigo a quien respeta extraordinariamente. Acude a él siempre que lo asedia un impulso criminal, y le pregunta si no lo desprecia como delincuente. Él lo apoya, aseverándole que es un hombre intachable que probablemente desde su juventud se ha habituado a considerar su vida bajo esos puntos de vista. Antes, dice, otra persona ejerció sobre él parecido influjo, un estudiante que tenía 19 años cuando él mismo andaba por los 14 o 15; este estudiante le había cobrado afecto, y había elevado tan extraordinariamente su sentimiento de sí que podía creerse un genio. Este estudiante fue luego su preceptor hogareño, y de pronto modificó su comportamiento rebajándolo como a un idiota. Por último, reparó en que se interesaba por una de sus hermanas y sólo había trabado relación con él para conseguir el acceso a la casa. Esta fue la

primera gran conmoción de su vida. Luego prosigue, como repentinamente: Mi vida sexual empezó muy temprano (Freud, 1909 p. 128).

Resalta el hecho que, establecida la premisa de la cura, se elija este tema para comenzar a hablar. El gran influjo ejercido por los amigos y esta primera “gran conmoción”, que habla de los celos y de un momento donde el paciente se siente disminuido, rebajado en favor de una de sus hermanas. Conviene señalar que el lugar de los amigos --en el caso expuesto siempre son hombres-- se sopesa de gran importancia en el caso. Sus palabras tienen valor, son quienes logran despejar las dudas obsesivas del joven. Aparecen como objetos de amor, rivales, consejeros. Existe incluso un desdoble evidente de la propia persona. Se deja planteada una cita al respecto, que se retoma una vez abordadas las consideraciones de Jacques Lacan: “Tras abandonar a su amigo y volver al seno de su familia, lo asaltaron de nuevo las dudas. Es que los argumentos de su amigo no eran otros que los suyos propios” (Freud, 1909 p. 138).

En estos cuatro elementos quedan establecidas las bases de lo que Freud aisló como características de este pensar patológico: los deseos, las tentaciones, impulsos reflexiones, dudas, mandamientos y prohibiciones. La ambivalencia, dada por dos tendencias incompatibles que conviven sin anularse, genera una parálisis de la acción. Inaugura los tiempos de la duda, los síntomas de dos tiempos y la anulación. Surge también el aislamiento, no solo por la inhibición de la acción sino por la interrupción de lazos asociativos. Se dice que el obsesivo no reprime lo sucedido (sí se vale de esto la histeria, por ejemplo, a través del olvido), sino que lo despoja del afecto.

Capítulo 2. Relectura de Lacan sobre la Neurosis obsesiva

2.1. De la novela familiar al mito individual del neurótico

En su texto, *La novela familiar de los neuróticos*, Freud (1908-09) ya había adelantado como el desasimiento de la autoridad parental es uno de los procesos del desarrollo más necesario, pero a la vez más doloroso. Pequeños sucesos, que le generan descontento al niño y lo hacen sentir relegado del amor total, desencadenan el desarrollo de la enajenación de los padres.

El niño se valdrá de las fantasías y los sueños diurnos para el cumplimiento de sus deseos eróticos y de ambición. Imaginará al principio que sus padres son otros (de mejor posición social), duda que luego se transferirá solo al padre (figura que encarna los castigos por malas prácticas sexuales). En una variación se reclama para sí la legitimidad, valiéndose

de suponerle a la madre tantos enredos amorosos como hermanos haya. Con lo anterior se eliminan los vínculos de parentesco con posibles hermanas deseadas y a la vez se valoriza a los padres en el imaginario, retornando a la primera infancia y la dicha por la grandiosidad parental.

A esta tríada edípica (madre-padre-hijo), Lacan la considera insuficiente y propondrá a partir de ella pasar del Edipo al mito cuaternario, noción que aparece en el *Mito individual del neurótico* (1953) y cuya explicación retoma a partir del caso de El Hombre de las Ratas.

Para Lacan cobra especial importancia la constelación familiar del sujeto, “eso de lo cual dependió su nacimiento y su destino, su prehistoria incluso, a saber, las relaciones familiares fundamentales que presidieron la unión de sus padres, lo que los condujo a esa unión” (Lacan, 1953 párr. 28). Tiene especial lugar aquí lo desarrollado sobre la deuda del padre: el matrimonio ventajoso del padre con la madre, la existencia --frecuentemente nombrada en su relato familiar-- de una mujer pobre y linda a la que el padre renunció para casarse con la madre y la deuda impaga del padre con un amigo que en su momento parece haberle salvado su honor, su carrera y su figuración social. El conflicto -evidente entre la mujer rica y la pobre- también se traspasa de la deuda con el amigo a la mujer pobre. Es a quien se debe en realidad. Se revela que lo que constituye verdaderamente el objeto del deseo torturante no es la dama del correo, sino un personaje que en la historia reciente encarna el personaje de la mujer pobre. La crisis se desencadena no solo ante la simpatía de la encargada del correo sino ante la deuda con la mujer pobre. Esto pone al neurótico no sólo ante la situación de aceptar o no la deuda del padre, sino ante la pregunta sobre la deuda como hombre: esta sería el salir del autoerotismo, reconocerse como objeto de deseo y “la asunción de su propia función en tanto tal” (Lacan, 1953 párr. 56).

En el neurótico, dirá Lacan, cada vez que el sujeto triunfa, o tiende a obtener éxito, el objeto (el personaje del compañero sexual) es quien se desdobra (como en el conflicto entre mujer rica y mujer pobre).

Lacan agrega un elemento más al hablar del mito del neurótico, este elemento está encarnado por la figura del otro. En el caso del Hombre de las Ratas se personifica en el amigo del padre: es a la vez medida y rival. Este otro está implicado en la historia familiar del sujeto, en su fantasmática. Su función será la de anticipar la salida exogámica del triángulo edípico. Para el mito individual del neurótico, Lacan propone el nombre de mito cuaternario. Este -citando a Octavio Carrasco, en su Tesis: *Consideraciones psicoanalíticas sobre el cambio y la permanencia de la histeria desde los tiempos del descubrimiento freudiano del inconsciente, hasta su inclusión posible dentro de un tratamiento psicoterapéutico universitario actual* (2016)- se plantea como:

(...) la función de desdoblamiento del propio yo del neurótico que lo divide a nivel imaginario. Es el narcisismo que ve completa su figura y su potencia antes en el otro que en sí mismo, con el cual rivaliza, pero cuyo reconocimiento le resulta indispensable para su ser. Se trata de la lucha por el puro prestigio y reconocimiento del hombre moderno, en la que la lucha de rivalidad y complementariedad es del orden de una lucha imaginaria a muerte y muchas veces real (p. 96).

Carrasco (2016) plantea que esta constelación cuaternaria (formada por el padre, la madre, el hijo y el narcisismo - desdoblado en el yo y el otro), tendrá su prueba de fuego en el deseo exogámico, en la relación de objeto: "Relación con el objeto de deseo donde los neuróticos desfallecen enredados en las trampas edípicas de su novela familiar" (p. 96).

2.2. Real, Simbólico e Imaginario. El estadio del espejo.

Para poder profundizar más sobre las teorizaciones hechas por Lacan, se considera importante introducir tres grandes términos que propone el autor en la relectura de Freud: lo real, lo simbólico y lo imaginario. Estos están íntimamente relacionados con su teoría el estadio del espejo: en un momento de la maduración fisiológica, las funciones motoras se integran y el niño accede a un dominio real de su cuerpo, pero antes de este momento tendrá un dominio imaginario del mismo, a través de la observación de su forma total.

En su seminario 1 *Los escritos técnicos de Freud*, Lacan (1953) se refiere a este momento de la siguiente forma:

Es ésta la aventura imaginaria por la cual el hombre, por vez primera, experimenta que él se ve, se refleja y se concibe como distinto, otro de lo que él es: dimensión esencial de lo humano, que estructura el conjunto de su vida fantasmática. En el origen suponemos todos los ellos, objetos, instintos, deseos, tendencias, etc. Se trata pues de la realidad pura y simple, que en nada se delimita, que no puede ser aún objeto de definición alguna; que no es ni buena ni mala, sino a la vez caótica y absoluta, originaria (p. 128).

Por otra parte, el campo de lo simbólico estará dado por el lenguaje, Lacan dirá que cuando la cría humana llega al mundo es atravesado de inmediato por el lenguaje de sus padres o quienes lo reciben, las palabras, los significados, el idioma, etc.:

(...) En la relación entre lo imaginario y lo real, y en la constitución del mundo que de ella resulta, todo depende de la situación del sujeto. La situación del sujeto - deben saberlo ya que se lo repito - está caracterizada esencialmente por su lugar en el

mundo simbólico; dicho de otro modo, en el mundo de la palabra. De ese lugar depende que el sujeto tenga o no derecho a llamarse Pedro (...) (Lacan, 1953 p. 130).

En estos momentos de la vida del sujeto -dirá Carrasco (2016)- la insuficiencia motriz y la dependencia son absolutas respecto al Otro. Este Otros es quien marca una inscripción fundante en el sujeto por advenir (p. 74).

2.3. El Otro, el otro y el falo

No hay sujeto más que para un sujeto. (...) Por el solo hecho de que el Otro ha sido planteado primordialmente como aquél que, en presencia de la demanda, puede o no puede jugar cierto juego, ya ha sido instaurado como sujeto y como término de la tragedia que tendrá lugar.

Es en la medida en que el Otro es un sujeto como tal, el sujeto se instaure, y puede instituirse como sujeto en una nueva relación con el Otro, a saber, que en este Otro ha de hacerse reconocer como sujeto- ya no como demanda, ya no como amor, sino como sujeto (Lacan, 1958-59 p. 411).

En el Seminario 4 *La relación de objeto*, Lacan (1956-57) dirá que en el Otro hay alguien capaz de responder en cualquier circunstancia, y su respuesta es que en todo caso es él quien tiene el falo. Él es quien tiene el triunfo y sabe que lo tiene.

El falo es el objeto principal alrededor del que gira toda la dialéctica del desarrollo individual, así como la de un análisis. No como objeto real sino como significante. Al respecto de esto, Lacan en su escrito de 1958 *La significación del falo*, dirá que: "El falo es el significante privilegiado de esa marca en que la parte del logos se une al advenimiento del deseo" (p. 672).

Por su calidad de significante será en el lugar del Otro, donde el sujeto tiene acceso a él. Pero como ese significante no está allí sino velado y como razón del deseo del Otro, es ese deseo del Otro como tal lo que al sujeto se le impone reconocer, es decir el otro en cuanto que es él mismo sujeto dividido de la Spaltung (escisión) significante (Lacan, 1958 p. 673).

En el texto *el Mito individual del neurótico*, Lacan (1953) plantea que el sujeto tiene siempre una relación que lo excluye de sí mismo, por una dialéctica de dos. Que rechaza su insuficiencia, su desgarramiento original. Es desde el campo del otro, del que está enfrente, del alter ego que adviene su imagen propia. El reconocimiento de este otro será condición y amenaza perpetua de su integridad.

En el Seminario 5 *Las formaciones del inconsciente*, encontramos la misma idea planteada específicamente para el obsesivo: en todo obsesivo se manifiesta en algún momento el papel de la identificación con el otro, un semejante, compañero, hermano apenas mayor, que para el obsesivo aparece como más viril, poseedor de la potencia. El falo aparece entonces en su dimensión imaginaria. El sujeto se complementa con una imagen más fuerte que él mismo (Lacan, 1957-58).

Es justamente en relación a la imagen de ese otro y de acuerdo al modelo de su yo (moi) -dirá Lacan- que el obsesivo construye su amurallamiento, para poder encontrar el lugar de su deseo amenazado (Lacan, 1957-58).

Para que exista relación con el semejante, dirá Lacan (1953), debe existir una mediación mortal. Es donde se juega el papel de la muerte. Para que esta lucha a muerte que propone el narcisismo pueda darse, se necesita que la muerte no sea consumada o toda la dialéctica se detendría por falta de combatientes, pero sí es necesario que sea al menos imaginada. Esta idea de muerte es constitutiva de la condición humana, pero se manifiesta especialmente en la conducta, la vivencia y la fantasía del neurótico.

En el seminario 4 *la Relación de objeto*, Lacan (1956-57) deja planteado que el obsesivo juega un "juego tramposo, que consiste en aproximarse a la muerte tanto como sea posible quedando a salvo de todos los golpes, porque el sujeto, de algún modo, ha matado su propio deseo por adelantado, lo ha, por así decirlo, mortificado" (Clase 2, párr.16). En el seminario 1, Lacan (1953) trae un comentario al respecto del Hombre de las Ratas, lo enuncia en relación dialéctica entre el amo y el esclavo. Dirá: "¿Qué espera el obsesivo? La muerte del amo. ¿De qué le sirve esta espera? Se interpone entre él y la muerte. Cuando el amo muera todo empezará" (p. 416).

Dirá Lacan (1953) que "el sujeto ve en el otro la imagen y el esbozo de sus propios movimientos. (...) cada vez que el otro es exactamente el mismo que el sujeto, no hay más amo que el amo absoluto, la muerte" (p. 417).

Se puede inferir, entonces, que sobre la figura del otro --el competidor, el alter ego, el semejante, incluso el amo-- no pesa únicamente el papel de quien puede dar muerte, sino que la muerte del otro (a veces también su vida) advierte de la presencia de la muerte como Otro absoluto.

2.4. ¿Qué desea el obsesivo?

En el seminario 6 *El deseo y su interpretación*, Lacan (1958-59) habla de la relación entre el sujeto y su deseo. Al final del capítulo III *El sueño del padre muerto*, aparece una alusión a una figura, alguien, dice el autor, que tiene el aspecto de un comportamiento socialmente satisfactorio, pero que, desde el punto de vista del interés, está muerto, y muerto desde hace tiempo. Lacan adelantará que con los elementos del sueño -un padre, un hijo, la muerte y la relación con el deseo- esto no debe asombrarnos. Se deja entrever que se trata del obsesivo.

Como se viene adelantando, desde hace varios apartados, el obsesivo tiene una relación particular con su deseo. Ya se ha expuesto en el primer capítulo desde las teorizaciones hechas por Freud, la idea de que el obsesivo procrastina, dilata en el tiempo, se vale de la duda y la indecisión para no estar en ese lugar que le genera conflicto.

Lacan dilucidará aún más esta idea, diciendo que el sujeto neurótico puede sostener su deseo frente al deseo del Otro de dos formas, como deseo insatisfecho -en el caso de la histeria- o como deseo imposible, en el caso de la neurosis obsesiva (1958-59).

Es el mismo obsesivo que lo mantiene fuera de juego. Lo usa de escondite, para estar -dirá Lacan- en otro lugar. "El obsesivo es alguien que en verdad nunca se encuentra donde está en juego algo que pueda ser llamado su deseo. Él no está donde, en apariencia, corre el riesgo" (1958-59 p. 475).

Para hacerlo, como se ha visto, se sirve del tiempo, deja para mañana el compromiso de su verdadero deseo. Se puede considerar lo que hace como un medio para adquirir derechos a la reverencia del Otro para con sus deseos. Pudo haber ocurrido que en la infancia estos deseos hayan sido frustrados por un Otro, por lo cual el obsesivo intente repetir los elementos y ganar el favor del Otro para con su deseo. Intenta asegurarse así, que el Otro esté de acuerdo con lo que él desea. Con esto se intenta escapar de la castración. Esta maniobra del obsesivo, es un pedido de auxilio para sostener el deseo, en presencia del deseo del Otro; para constituirse como deseante. Lo único que él no sabe (el obsesivo) es que su comportamiento está marcado profundamente por el peligro que para él representa la pendiente del deseo. (Lacan, 1958-59).

Dirá Lacan (1958-59) que el obsesivo se defiende de algo. Para sostener su deseo, cada vez necesita además el auxilio de una cosa que se presenta en una posición tercera dentro de su relación con el deseo del Otro. Él se sitúa allí para que sea soportable la relación

aspirante, evanescente, de S (barrado) ante a (de sujeto barrado por el lenguaje y su objeto de deseo).

Se plantea que existe en el sujeto un interjuego que se da entre ser o tener el falo (determinado como el objeto por excelencia). No ser el falo es dejar de ser, desaparecer. El neurótico siente la integración de su deseo como una amenaza de pérdida.

En el seminario 6, Lacan (1958-59) ha dicho que el sujeto quiere mantener el falo de la madre, rechaza su castración y rechaza la castración del Otro. Se ofrece él mismo como autor posible del corte (de su propia castración) para evitar la de la madre. En el caso del obsesivo -comenta Lacan en el seminario 5- se tratará de hacer subsistir al Otro porque es la condición de su mantenimiento como sujeto.

Más adelante, en el seminario 6, Lacan hará alusión al fantasma obsesivo, dirá de este con respecto a su goce que en tiempo pasado vio a un rival padecer las sevicias del ser amado. En esta situación encontró la felicidad. En un segundo tiempo el sujeto reemplaza al otro, el castigado ahora es él. Busca con esto perpetuar la felicidad en una situación escondida, inconsciente de la desgracia. Situación que conviene pensar retomando lo expuesto sobre la escena de onanismo del Hombre de las Ratas y el castigo del padre. Habrá que recordar que el castigo del padre también es reconocimiento (Lacan 1958-59). Si el otro no lo reconoce, él desaparece.

Si el obsesivo se vale de toda esta artimaña para defender su deseo es porque evidentemente intenta conservarlo, Lacan dejará planteada una pregunta al respecto: si él se desea deseante, ¿qué desea?

Lacan (1958-59) dará respuesta a esta pregunta más adelante:

Lo que le permita sostener en su precariedad su deseo como tal, sin saber que toda su fantasmagoría está destinada a eso y que sus síntomas, pese a ser tan poco satisfactorios en sí mismos, son el lugar exacto donde él encuentra su goce (p. 483).

Capítulo 3. Pensando en el final

3.1. Reseña

Para ilustrar alguno de los componentes teóricos expuestos se utiliza el recurso de construcción de un caso clínico a partir de la película *Pienso en el final (I'm Thinking of Ending Things)*; Charlie Kaufman EE.UU., 2020) y la novela homónima de Iain Reid (2016) en la que se basa.

Citando a Carrasco (2016):

No se trata de diagnosticar a las ficciones, sino de hacerlas hablar al modo de enunciadores de un conflicto que señala algo de las fallas del sujeto, el límite de los discursos, lo que se dice de más, o lo que no se dice y se muestra, ahí donde las palabras necesariamente faltan (Carrasco, 2016, p. 19).

En la traducción al español, la novela también recibe el nombre de “Estoy pensando en dejarlo” y es precisamente con esa misma frase que comienza el libro:

Estoy pensando en dejarlo. Una vez que llega este pensamiento, se queda. Perdura. Permanece. Domina. No hay gran cosa que yo pueda hacer al respecto. Créanme. No se va. Está presente, me guste a mí o no. Está presente cuando como. Cuando me voy a dormir. Está presente cuando estoy durmiendo. Está presente cuando me despierto. Está presente siempre. Siempre. No hace mucho que lo pienso. Es una idea nueva, pero al mismo tiempo parece vieja. ¿Cuándo surgió? ¿Y si no ha sido concebida por mí, sino que alguien la ha implantado en mi mente, alguien la ha desarrollado previamente? ¿Una idea no expresada carece de originalidad? A lo mejor es que lo he sabido todo el tiempo. A lo mejor es que así era como iba a acabar esto (Reid, 2016 p. 5).

La novela es narrada en primera persona, por el personaje que conoceremos como la novia de Jake, ya que no se revela su nombre. El relato oscila entre sus propios pensamientos y algunos diálogos de la pareja, mientras hacen un viaje en auto para conocer a los padres de él, que viven en una granja.

Como deja claro la frase inaugural del libro, ella duda en mantener la relación, pero siente curiosidad por conocer a sus padres. Este relato es interrumpido en algunos puntos por el diálogo de otros personajes, que si bien no se identifican, hablan de algo horrible que ha ocurrido en un instituto. Desde el comienzo se deja ver por algunos detalles que Jake tiene algo que ver con esto.

A medida que el viaje se realiza, se van tocando varios temas -a veces en los diálogos y otras veces son recuerdos de conversaciones o pensamientos de la protagonista- entre los cuales se destacan: la verdad, las relaciones, la edad, lo inolvidable, la inteligencia, el

envejecimiento, Dios, la tristeza, las enfermedades, la autenticidad, el dormir, lo eterno, la felicidad, el ser buena o mala persona, el tiempo y la memoria.

Cuando se avanza en la historia aparecen otros personajes, primeramente, el Llamante: que deja mensajes extraños en el celular de la protagonista desde un número que es el mismo que el de ella. Luego los padres de Jake: una madre que escucha pitidos o voces y parece sonreír siempre más de la cuenta, un padre algo distante que se insinúa como queriendo disculpar la situación. Una propuesta de juego incómoda, donde le piden a cada protagonista que imite al otro. Más adelante, la figura de un supuesto hermano que tarda un poco más de la cuenta en revelarse.

Todo el viaje, incluida la visita a la casa y en especial desde este momento, comienza a tornarse un tanto extraña para la protagonista, Jake se vuelve silencioso y retraído, ella cada vez más incómoda, siente cierta familiaridad con la casa y sus objetos; situación que alcanza el punto máximo de suspenso cuando Jake le muestra una foto de él cuando era niño y su novia asegura ser ella misma quien está en la foto.

El relato sigue volviéndose cada vez más inusitado hasta que, cerca del final, se confirma que Jake es en verdad el único personaje: sus padres están muertos, su novia no llegó a ser tal (fue una chica a la que nunca se animó a acercarse); el Llamante, el hermano e incluso unas chicas que trabajan en una heladería en la ruta no son más que él mismo.

Entre sus propios relatos que al final parecen unificarse en uno, y los diálogos de los personajes no identificados que irrumpen cada tanto en el texto, se toma noticia que Jake es bedel (conserje) de un instituto. Parece haber sido un joven brillante, pero con muchos problemas para relacionarse con los demás. Esto parece suscitar que termine absorto en sus propios pensamientos, en medio de intrincados diálogos consigo mismo en forma de otros personajes, se cuestiona sobre temas de incertidumbre universal. Decide darse muerte de forma violenta: clavándose una percha hasta desangrarse. Con su muerte parece intentar una respuesta a la pregunta final a la que ha arribado y que se repite en varias partes del relato: "Ha llegado el momento de obtener una respuesta. Una única pregunta. Una sola pregunta que contestar" (Reid, 2016).

La frase que cierra su relato parece tener la resolución: "Una sola unidad, de nuevo es una. Yo. Solo yo. Jake. Otra vez solo. Tomé la decisión. Era necesario. Se acabó el pensar. Ya he contestado a la pregunta" (Reid, 2016 p. 168).

3.2. La pregunta obsesiva

Jake aparece en el relato como un hombre muy inteligente, un poco parco pero intelectual. En los planteos sobre la obsesión, Freud (1909) habla sobre la predominancia de la pulsión de saber, en la cual el placer sexual, referido habitualmente al contenido del pensamiento, pasa a recaer sobre el proceso intelectual, y la satisfacción alcanzada al llegar a un resultado mental es sentida como satisfacción sexual. Esta pulsión de saber se ve reflejada en el personaje de Jake, en sus diálogos siempre está presente el placer asociado al pensamiento; sus acciones y relaciones se inhiben y su pensamiento queda erotizado. Por otro lado, existe una preferencia, en los obsesivos, hacia temas que universalmente generan incertidumbre: la filiación paterna, la memoria, la muerte. En el relato esto se expresa en un planteo recurrente entre ser o no buena persona, amar, ser empático, solidario, etc. La inteligencia intelectual aparece en contraposición muchas veces a este “ser bueno”:

¿Siempre es buena la inteligencia? Es algo que me pregunto. ¿Y si la inteligencia se desperdicia? ¿Y si la inteligencia conduce a más soledad en vez de a la realización personal? ¿Y si, en vez de productividad y claridad, genera dolor, aislamiento y remordimiento? (Reid, 2016 p. 48).

Este texto parece recordar un poco a la parábola sobre los talentos del Nuevo Testamento, donde se podría parafrasear la pregunta: ¿Qué hiciste con los dones que Dios te dio, los metiste en una cueva porque tenías miedo a perderlos? Esto recuerda a lo dicho sobre el deseo obsesivo, que se esconde para ser mantenido, para que no se pierda.

Si se retoma al respecto de la deuda impaga del obsesivo esto cobra un nuevo sentido, Jake se pone aquí en el lugar del que sabe, pero que no ha pagado el crimen de existir (Lacan, 1958-59).

En especial el tema de las relaciones está siempre muy presente en la obra y recuerda a lo planteado por Lacan sobre el desdoble de la pareja sexual, esa duda obsesiva en la que está sumergido casi todo el relato, expresado en las preguntas de la protagonista que pronto descubriremos como el mismo Jake. Lleva al extremo la procrastinación y la duda que alejan del deseo, ya que en realidad el protagonista nunca le habló a la chica del bar. La duda de ella es la del propio Jake, que se plantea qué “hubiese pasado si...” ¿Ella habría querido dejarlo? ¿Qué habría pensado de su familia? De donde vive...de él mismo.

Otra duda central es la que gira alrededor de la muerte, a veces expresada con temas tangenciales como la edad, la madurez, la eternidad, etc. Otras veces mostrada en forma directa como en la visita a la granja, las ovejas muertas y en especial el relato sobre los cerdos a los que el padre sacrifica cuando él es pequeño, porque los gusanos se los estaban comiendo vivos. Comenta que desde lejos no se notaba que parecían contentos y relajados,

pero de cerca ya era otra cosa. No solo la muerte como Otro absoluto está presente aquí y la idea que se repite sobre una “fragilidad imposible” de la vida, sino también la de el otro como necesario para la vida, en función de testigo, una función social, cercana, de reconocimiento, que evite que el sujeto sea devorado.

3.3. La madre y el padre

La idea anterior, la de ser devorado, ofrece ocasión para introducir la figura de la madre de Jake. Antes convendrá hacer una aclaración que servirá para pensar en varios elementos de la obra y lo que se expondrá. Ya se tiene conocimiento que los personajes (padres, madre, novia, el Llamante) son todos el mismo Jake. Pero esto no quita que se los identifique por separado. El mismo Jake dirá, en varias ocasiones, que cada vez que algo se rememora cambia, que la realidad ocurre una sola vez, pero que cada cosa que contamos tiene una parte de realidad y otra de ficción.

Freud (1916-17) en la Conferencia 23, ha dicho que “las vivencias infantiles construidas en el análisis, o recordadas, son unas veces irrefutablemente falsas, otras veces son con certeza verdaderas, y en la mayoría de los casos, una mezcla de verdad y falsedad” (p. 335). Como ya se ha dicho, no se trata aquí de un análisis real, se intenta construir un caso clínico a partir de la ficción. Retomando lo expuesto por Freud, se podría decir que es indiferente si el personaje de la mamá de Jake está viva o muerta, si es ella la que sufría de las afecciones que se le suponen, o el propio Jake que se ha inventado todo. Así figura en su discurso, y es innegable que están íntimamente ligados.

En la narración se la describe como una mujer frágil, que siempre sonrío, los comentarios sobre ella comienzan a ser un poco extraños, dice que escucha sonidos, pitidos, voces, susurros. No duerme bien, tiene parálisis del sueño y Jake dirá luego que sufre de tricotilomanía. Todos estos elementos se le pasan a suponer a Jake, aunque no se descarta que ella los haya sufrido.

Al parecer existe una especie de goce incestuoso entre Jake y la madre que se ve expuesto en las escenas del sótano, se deja entrever que la madre se encierra allí con él y ambos pintan:

Todos son dibujos de esta estancia. Todos representan el sótano. Y en cada uno de ellos hay una persona distinta en lugar de la caldera. Unas tienen el pelo corto, otras lo tienen largo. Hay una que tiene cuernos. Algunas tienen pechos, otras tienen penes, otras tienen las dos cosas. Todas lucen unas uñas largas y una expresión parecida,

de complicidad, paralizada (...) Y en todos los dibujos aparece un niño. Generalmente en un rincón. A veces en otros lugares: en el suelo, mirando hacia la figura grande. En un dibujo, el niño está dentro del vientre de la mujer. En otro, la mujer tiene dos cabezas y una de ellas es la del niño (Reid, 2016 p. 88).

Ambos personajes aparecen como “pegoteados”, se visualiza en primer plano en la idea de la mujer de dos cabezas, una de las cuales es la del niño. A su vez la intolerancia a la lactosa que sufre Jake, puede pensarse relacionada a la alimentación y función materna.

Jake subraya, en un libro, la frase: “Existir no significa nada más que desesperar [...] porque no existimos, sino que nos existen” (Reid, 2016 p. 129). Con esto muestra el lugar de Otro ocupado por la figura de una madre voraz que lo existe. Expone lo insaciable del deseo materno, que tendrá repercusiones en la castración y el lugar del falo. Ya se ha dicho que el neurótico intenta borrar la castración de la madre, su falta de falo. Para esto el mismo ocupará ese lugar. Luchará entonces con cualquiera que se interponga en su posición de objeto, en que pueda desear “otra cosa”. De esta forma cualquier salida exogámica se vuelve imposible. Se podría decir que Jake se ha asegurado de no hablarle a la chica del bar y así mantenerla como un deseo imposible. De esta forma mantiene su deseo, pero escondido del deseo del Otro (su madre) y mantiene su lugar de falo para ella. Evita con esto la castración del Otro que le resulta insoportable.

Él es el hijo único del que habla Assoun (1998), único objeto de la demanda materna, entronizado en el lugar del falo, lo cual lo atrapa en una relación de extrañeza con su propio deseo.

Existe una especie de “locura” que se plantea desde el lado femenino de la familia, se habla de una bisabuela que sufría algún tipo de trastorno: “Una historia muy triste”, dice Jake. De una madre de la que no logra despegarse, lo cual posiblemente haya frustrado también su salida exogámica y desencadenado con esto su inhibición hacia las mujeres. Hay una clara alusión a una especie de feminidad en Jake, cuando se dice que el Llamante tiene voz femenina y al tomar la llamada se lo confunde con una anciana.

El personaje del padre no es en el que más se profundiza, aparece siempre como subordinado a la madre, tienen una escena de discusión donde él no está de acuerdo con dejar que Jake siga actuando “de esta forma”. Puede haber sido su postura real en algún momento, pero al parecer no logra interdictar este deseo devorador de la madre.

Dirá Lacan (1953) que existe un desdoblamiento del padre real, imaginario y simbólico que da como resultado un padre discordante de su función, humillado, carente. En especial en estructuras sociales similares a la nuestra, en las que se ha pasado de familias totalmente

dominadas por el padre –quien encarnaba la ley, de autoridad incuestionable, cuya figura se apoya en la del monarca--, a familias modernas conyugales en las cuales la autoridad sobre los hijos también depende de la madre y de diferentes discursos como el legal, pediátrico, educativo, etc. Estos discursos ostentan el saber sobre el bienestar de los hijos y ganan terreno sobre el poder del padre moderno. Se asiste así a una discordancia entre el sujeto real del padre y su función simbólica. Desviación que establece un valor patógeno más que normativizante. Es lo que aparece en la presentación del personaje del padre, un padre real que no logra interponerse ante la madre fálica.

Jake muestra claras conductas de onanismo: en los momentos donde existe una escena sexual nunca parece haber penetración, siempre están presentes las manos, junto a la fantasía de ser visto: “Cuando era muy pequeña, tendría seis o siete años, me desperté durante la noche y vi a un hombre en mi ventana” (Reid, 2016 p. 15); así como un supuesto desconocido que los observa en la escena sexual del auto: “Porque lo he visto. Lo conozco. Conozco a los tipos como él. Vergüenza debería darle. He captado un movimiento que ha hecho con la mano, como si saludase. Él lo sabe” (Reid, 2016 p. 126).

El Llamante es un personaje que resulta enigmático, es en parte quien personifica el lugar de este Otro, que observa, frustra, amenaza, pero sabe de los planes de Jake, estos no se especifican, pero se habla en un momento de muertes por crímenes violentos en institutos similares al suyo. ¿Podría pensarse que se da muerte antes de cometer un crimen de este tipo? Es una posibilidad. También podría pensarse como el personaje que encarna al padre simbólico, en su función de prohibición.

3.4. Desdoble y unidad

Al desdoble del padre, ya expuesto, se suma el desdoble de la pareja sexual en la procrastinación y la duda que acompañan la escena donde Jake conoce a la chica del bar. Duda que recorre todo el relato en forma de pensamientos de la protagonista -su supuesta novia- y algunos diálogos.

El desdoble de Jake es lo que da curso a toda la novela, en forma hiperbólica a través de todos los personajes como ya se ha anticipado: el Llamante, los padres, la novia, el hermano, las chicas de la ruta.

Retomando lo expuesto por Lacan (1953) en el Mito individual del neurótico:

(...) el sujeto ve aparecer a su lado, si puede decirse, un personaje con el cual también tiene esa relación narcisista como relación mortal, personaje en quien delega para

representarlo en el mundo, y que no es verdaderamente él. Se siente excluido, externo a sus propias vivencias. No puede asumir particularidades, contingencias, se siente en desacuerdo con su propia existencia, y en esta alternancia se reproduce la impasse (párr. 59).

En los pensamientos de Jake también existe una especie de miedo al desmembramiento, esto se ve en el texto sobre las ovejas, cuando se pregunta cuántas partes puede perder uno y seguir siendo el mismo:

Durante una temporada me preocupó que se me desprendiera una extremidad del cuerpo. (...) Cuando nacía un cordero, uno o dos días después mi padre le ponía unas gomas especiales en la cola. La apretaban mucho, lo suficiente para interrumpir el flujo sanguíneo. Unos pocos días más tarde, la cola se le caía. Para los corderos no resulta doloroso, ni siquiera se dan cuenta de lo que está pasando (Reid, 2016 p. 53).

Esta idea se relaciona con las fotografías en primer plano de distintas partes del cuerpo, que se encuentran en el cuarto de Jake en un álbum con el título "Nosotros". Cuando se cae en la cuenta de que no hay un nosotros, ni hermano, ni novia, ni amigos, sabemos que son fotografías de él, de su cuerpo. Recuerda a lo expuesto por Lacan sobre el estadio del espejo, y como un hermano (un otro) puede colaborar allí en la creación de la imagen unificada de sí mismo, que Jake parece no conseguir. Se recuerda el nombre que quiso darle Jake a su grupo de preguntas y respuestas: "Ipseidad", a lo que define como: otra manera de llamar a la identidad o la individualidad. Procede de ipse, que en latín significa "uno mismo".

Hay alusiones muy sugestivas sobre esta idea de uno mismo, por ejemplo, cuando se plantea que uno no puede ser una sola persona y ser quien mejor besa. "Se necesitan dos" (Reid, 2016 p. 38).

Una interesante acotación aparece en un libro de Assoun donde los hijos únicos, seguros del amor de su madre y de sí mismos como privilegio, pero a la vez amenazados por no poder "contarse" entre otros, es uno y a la vez cero. Assoun dirá sobre esto que el sujeto se mantiene adherido a su posición de unicidad, a lo que su madre le ha prometido y los hombres del mundo le niegan, con lo que se convierte en un "demasiado bueno para este mundo" (1998 p. 131).

¿Cómo podrá Jake aspirar a una buena socialización cuando no existe otro en el que reflejarse para constituirse? ¿Con una madre que devora, un padre "ausente" y sin otras figuras de las que asirse?

Antes se ha dicho que el personaje del Llamante resulta enigmático. Por un lado, personifica a un Otro, en especial en el asecho y su relación con la muerte, pero con el

transcurrir de los capítulos también se asemeja a un otro, un otro como prójimo, al que Jake, o mejor dicho su novia, teme. ¿Pero qué teme exactamente? Teme su goce.

Lacan (1968-69), en el Seminario 16, expresa: “El prójimo es la inminencia intolerable del goce” (p. 207). Se teme que ese otro goce de uno, que lo reduzca, lo ultraje, etc. Pero también se lo necesita, se podría pensar que Jake lo demanda, para frustrar sus planes, para que lo reconozca.

Isidoro Vegh (2002), en su libro *El Prójimo: Enlaces y Desenlaces del goce*, dirá que el reconocimiento presupone la existencia. El otro es condición para que exista sujeto y posibilitará hallar un mejor destino para su goce.

Ante la idea de un supuesto hermano, se dirá que, entre los personajes, es el que más “se parece” a Jake: según su relato es brillante pero tiene problemas para relacionarse, por lo cual ya ha perdido trabajos y prefirió uno donde pueda “fundirse con las paredes” (Reid, 2016 p. 103). Comenzó a imitarlo (a Jake) y a ponerse su ropa, a seguirlo, a darle órdenes y ultimátums “como si fuera una vocecilla -dirá Jake- metida en mi cerebro” (Reid, 2016 p. 103).

Cuando se revela que no existe ningún hermano, aparece una frase reveladora: “Debería haberlo habido, pero no lo había” (Reid, 2016 p. 163), si hubiera existido un hermano quizá el relato sería diferente. Se hubieran habilitado otras posibilidades para Jake. La existencia de un otro podría haber interdictado el deseo de la madre, o propuesto una salida exogámica diferente. “Dos en vez de uno” (Reid, 2016 p. 165). Se cree que alrededor de esto es que Jake crea el personaje de la novia, para que exista un otro que pueda contar su historia, incluso que pueda darle muerte.

Hay otra parte del texto que recuerda lo expuesto por Lacan (1958-59) sobre quienes parecen estar muertos o semimuertos, aunque tengan una vida que parece satisfactoria. Jake habla de algo similar cuando comenta que existe cierta obligación de ser feliz, que se ve como un fin en sí mismo, él habla de la modernidad y la depresión. La alienación y el aislamiento aparecen como los dos extremos de los que es necesario separarse. Jake compara a la sociedad moderna con los corderos, dirá que existen diferentes niveles de estar muerto: “Estos corderos sin cola están muertos, sumamente muertos, cien por cien muertos” (Reid, 2016 p. 65). Él, ubicado a cierta distancia divisa la silueta de los dos corderos que parece “una sola forma inanimada, una masa maciza, un saco de grano apoyado contra la pared” (Reid, 2016 p. 66), la idea de muerte aparece ligada a la de unificación.

Además de lo expuesto aparece una aversión por los sonidos del reloj. Jake ha dicho que lo desconcentran del trabajo, uno de los personajes sin nombre hace alusión a la misma escena, aunque el contexto es diferente. Al final Jake lo compara con el latir del corazón. ¿Es

esto lo que no le permite trabajar? La inmanencia de la muerte siempre está presente: “No hay ningún otro sitio al que ir” (Reid, 2016 p. 157). El Otro, el que lo mira y lo saluda con la mano -la muerte- siempre está allí.

Jake dice que el pelo que peinamos ya está muerto, él imagina y “peina” sus pensamientos como si fueran pelo. “A veces un pensamiento está más cerca de la verdad, de la realidad, que una acción. Se puede decir cualquier cosa, se puede hacer cualquier cosa, pero no se puede fingir un pensamiento” (Reid, 2016 p. 163).

La muerte de Jake parece ser un intento desesperado, un pasaje al acto que busca separarse (de los otros) pero a la vez unificarse consigo mismo. Por dejar de esperar algo de lo que nadie será testigo: su muerte, al efectuarla de esta forma se asegura sus espectadores, se asegura haber existido.

CONSIDERACIONES FINALES

En el recorrido realizado en el presente trabajo se pretendió profundizar sobre la neurosis obsesiva desde una perspectiva psicoanalítica. Como se había anticipado desde el comienzo, para el mismo se revisaron las principales conceptualizaciones de Sigmund Freud y Jacques Lacan como los principales exponentes del psicoanálisis.

En la primera parte del texto se intentó dejar asentadas algunas bases teóricas al respecto de la neurosis obsesiva en la obra de Freud: su definición como conflicto, el estudio sobre su origen, los síntomas más sobresalientes que la acompañan y los mecanismos de formación de éstos últimos; los avances en muchos casos aparecen ligados al campo de la neurosis, la histeria y la evolución de elaboraciones del propio psicoanálisis.

Para poder terminar de introducir la teoría Freudiana, infaltable fue poder incluir una breve reseña sobre el *Hombre de las Ratas* (1909), del cual, debido a su extensión se seleccionaron sólo algunos elementos. Estos fueron retomados desde la relectura de Lacan para poder ser articulados en base al objetivo propuesto.

En este punto, los planteos de Freud sobre los síntomas de la neurosis obsesiva, la duda, la culpa, la ambigüedad, la compulsión, pudieron comenzar a pensarse dentro de un caso y ser articulados con los relatos del mismo. Relatos que muchas veces nos dan acceso a lo inconfesable a través de la palabra.

La relación de ambivalencia con el padre, las escenas de onanismo protagonizadas en la infancia y la culpa por estos actos, la agresividad sofocada por el castigo del padre, la deuda de éste que se convierte en propia, los amigos -otros- necesarios para poder plantear una salida exogámica y pagar la deuda; todos estos elementos colaboraron para poder pensar los componentes teóricos dentro de un contexto histórico de la vida de un sujeto. Esto no se plantea únicamente en cuanto a la etiología de un tipo de neurosis, sino que ayuda a pensar en las singularidades de cada caso, y lo que surge cuando un sujeto habla.

La incorporación del texto *El Mito individual del neurótico* (1953), así como las teorizaciones de Lacan sobre los tres registros (Real, Simbólico e Imaginario), el estadio del espejo y las figuras del otro y el Otro, contribuyen a desarrollar la pregunta sobre el deseo obsesivo y el ¿Che vuoi? Lacaniano: ¿Qué me quiere el otro? -pregunta que fue tomando forma a lo largo de la realización de la tesis.

Sin pretender que lo expuesto pueda agotar la temática elegida, sino seguir reflexionando sobre la misma y el psicoanálisis, se puede dar cuenta de algunas consideraciones finales que se desprenden del trabajo.

Por un lado, interesa poner de manifiesto la maniobra de la que se vale el obsesivo, desde el planteo de sus síntomas y lo intrincado de su formación, hasta el juego de escondida que lleva a cabo con su deseo. Juego que parece hacerlo cambiar de lugar continuamente, cuando en realidad intenta preservarlo. Esta voltereta, agotadora, poco reconocida y nada gratificante toma el matiz de una verdadera proeza cuando se develan sus verdaderas razones.

Por otra parte, el lugar del otro y del Otro, que se sopesaban de gran importancia teórica, se comprueban. Las lecturas realizadas y el interés personal, llevaron a plantear una mirada enfocada en estas dos figuras. Ambas haciéndose eco del desdoble obsesivo.

El otro como semejante, doble, amigo, hermano, rival, pareja, objeto de amor u odio, o todos ellos como aparecen en la novela, podrán ser quienes colaboren -o no- en la salida exogámica del triángulo edípico. Su reconocimiento es a lo que aspira Jake para posicionarse como sujeto. Para asegurarse la existencia. La pregunta sobre el ¿Che vuoi? es lo que Jake no logra contestar. Es sobre lo que se pregunta y duda a lo largo del viaje, en esos largos diálogos internos consigo mismo, donde encarnando el lugar de la chica a la que nunca se animó a hablar, se pregunta sobre el amor, las relaciones, la verdad, la vida y la muerte.

El Otro es encarnado en la novela primeramente en la madre fálica, que posiciona como objeto y coloca al sujeto en un estado de extrañamiento con respecto a su propio deseo, situación que el mismo desdoble del padre no logra contrariar, un padre --como ya se ha

dicho, citando a Lacan (1953)--, discordante de su función, humillado y carente, figura común de nuestra época, cuyo declive de la mano de la modernidad, el lugar que fue conquistando la mujer y su liberación, así como los cambios económicos y sociales que se reflejan a nivel de la familia y sociedad; convierten en una “fábrica de malestares psíquicos más que un armonizador del pasaje del nudo íntimo de la familia al lazo social para sus hijos” (Carrasco, 2016, p. 94).

La pregunta sobre el ¿Che vuoi? en este caso encontraría su respuesta en el querer como objeto, en tapar la falta de la madre. Es el interjuego del que se habla sobre ser o tener el falo. Si Jake es el falo para su madre, no puede tenerlo. Queda “pegoteado” en el goce incestuoso con ella que ningún otro podrá interdicar, de ahí su problema para socializar, tener amigos o una pareja.

Situación que a nivel social también comienza a aparecer con asiduidad en lo evanescente de las relaciones y las sociedades desconectadas, de las que la tendencia hikikomori (adolescentes que viven sin salir de sus cuartos en Japón) es un claro ejemplo. Esta tendencia, refiere a un fenómeno social en el cual, principalmente hombres jóvenes se aíslan durante años o incluso décadas en sus habitaciones, con mínimos contactos con el exterior. Con esto parecen querer protegerse del mundo exterior, minimizando la comunicación, en un mundo casi sin cabida para la palabra o un otro. Con un goce que parece plantearse “para sí”, incestuoso. Se podría pensar que con su aislamiento se salvaguardan del deseo del Otro y de una sociedad que los deja desprovistos de los medios para realizarse. Esta situación se recuerda a la comentada por Assoun, de sentirse “demasiado bueno para este mundo” (1998 p. 131).

A su vez, el Otro absoluto: la muerte es lo único que resta esperar. Si bien en la novela Jake se termina dando muerte, el lugar obsesivo es el de la espera. Sin cometer el acto se asegura quedar en suspenso. Como se ha anticipado, la idea de exponer el caso no es la de diagnosticar a los personajes, no interesa si puede considerarse a Jake como obsesivo o no por el acto del suicidio. Se utiliza para poder ilustrar los componentes teóricos desde los discursos de la ficción. Ficción que encubre, pero a la vez pone de relieve la problemática inconsciente: un sujeto que no logra despegarse de ese goce incestuoso con la madre y posicionarse como objeto de deseo fuera de esta relación.

Retomando el lugar del otro, vale aclarar la elección del título del presente trabajo: “Absoluto somos sólo tú y yo” es la frase que da comienzo a la canción “Absoluto” (Serrano, 2014). “Absoluto” en singular, como haciendo alusión a la unidad a la que aspira la neurosis obsesiva, que borre su desdoblamiento.

Búsqueda de unidad donde radican sus compulsiones y ceremoniales, su autoenamoramamiento que lo autoposiciona por encima del resto, sintiéndose más limpio, más escrupuloso, más inteligente, mejor amante, más sacrificado.

Si no lo consigue por esta vía buscará -siempre que su inhibición se lo permita- a otro que le haga de testigo, por esto Jake dice que la chica del bar, es la que debía contar su historia. "Solo tú y yo": nos habla de su desdoble, pero también de esa función de testigo, del otro necesario, que tendría que haber existido. Quizá Jake, en el acto de darse muerte en forma violenta, pueda hallar a esos otros, que son los únicos personajes reales aparte de él.

Como Amo Absoluto se figura la muerte, única posibilidad de salida que se abre para Jake, donde unidad, "ser uno mismo" y el fin de su goce parecen confluir, para asegurarse terminar con su división y preservar su deseo, en un espectáculo llevado al extremo.

Referencias bibliográficas

- Amoruso, L. y Bruno, M. (2010). *Breve revisión de la primera conceptualización freudiana sobre la histeria*. Revista Perspectivas en Psicología. (volumen 7, pp. 45 - 52). Mar del Plata, Argentina: Universidad Nacional de Mar del Plata. Recuperado en: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/14060/CONICET_Digital_Nro.17304_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- Assoun, P. L. (2000). *Lecciones Psicoanalíticas sobre hermanos y hermanas*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Nueva Visión SAIC. (Trabajo original publicado en 1988).
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A. (Trabajo original publicado en 2000). Recuperado en: <https://catedraepistemologia.files.wordpress.com/2009/05/modernidad-liquida.pdf>
- Carrasco, O. (2016). *Consideraciones psicoanalíticas sobre el cambio y la permanencia de la histeria desde los tiempos del descubrimiento freudiano del inconsciente, hasta su inclusión posible dentro de un tratamiento psicoterapéutico universitario actual*. Tesis de Maestría en Psicología Clínica. Montevideo, Uruguay. Facultad de Psicología. UDELAR. Recuperado en: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/8080/1/Carrasco%2c%20Octavio.pdf>
- Foucault, M. (2007). *El poder psiquiátrico*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1973-1974). Recuperado en: https://proletarios.org/books/Foucault-El_poder_psiquiatrico.pdf
- Foucault, M. (2019). *Microfísica del poder*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores Argentina. (Trabajo original publicado en 1978). Recuperado en: <https://pirateca.com/wp-content/uploads/2020/05/Microfi%CC%81sica-del-poder-Michel-Foucault.pdf>

- Freud, S. (1992). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)*. Obras Completas Sigmund Freud (volumen 7). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original de 1905). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/freud/07%20-%20Tomo%20VII.pdf>
- Freud, S. (1992). *Acciones obsesivas y prácticas religiosas*. Obras Completas Sigmund Freud (volumen 9) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1907). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/freud/09%20-%20Tomo%20IX.pdf>
- Freud, S. (1992). *La novela familiar de los neuróticos*. Obras Completas Sigmund Freud (volumen 9). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908-09). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/freud/09%20-%20Tomo%20IX.pdf>
- Freud, S. (1992). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (El "Hombre de las Ratas")*. Obras Completas Sigmund Freud (volumen 10). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/freud/10%20-%20Tomo%20X.pdf>
- Freud, S. (1991). *Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III*. Obras Completas de Sigmund Freud (volumen 16) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-17). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/freud/16%20-%20Tomo%20XVI.pdf>
- Freud, S. (1992). *El yo y el ello*. Obras Completas Sigmund Freud (volumen 19) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/freud/19%20-%20Tomo%20XIX.pdf>
- Freud, S. (1992). *Neurosis y psicosis*. Obras Completas Sigmund Freud (volumen 19) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923-24). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/freud/19%20-%20Tomo%20XIX.pdf>

Freud, S. (1992). *Presentación autobiográfica Inhibición, síntoma y angustia ¿Pueden los legos ejercer el análisis? y otras obras*. Obras Completas de Sigmund Freud (volumen 20) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925-26). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/freud/20%20-%20Tomo%20XX.pdf>

Freud, S. (1991). *Esquema del psicoanálisis*. Obras Completas de Sigmund Freud (volumen 23) Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1938-40). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/freud/23%20-%20Tomo%20XXIII.pdf>

Lacan, J. (1953). *El mito individual del neurótico*. Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/02%20Seminario%200.pdf>

Lacan, J. (1953). Seminario 1 *Los Escritos técnicos de Freud*. Recuperado en: <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Seminario-1-Los-Escritos-Tecnicos-de-Freud-Paidos-BN.pdf>

Lacan, J. (1994). Seminario 4 *La relación de objeto*. (Trabajo original publicado en 1956-57). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/06%20Seminario%204.pdf>

Lacan, J. (s.f). Seminario 5 *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina. Paidós. (Trabajo original publicado en 1957-58) Recuperado en: <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Seminario-5-Las-Formaciones-Del-Inconsciente-Paidos-BN.pdf>

Lacan, J. (2017). Seminario 6 *El deseo y su interpretación*. Buenos Aires, Argentina. Paidós. (Trabajo original publicado en 1958-59).

Lacan, J. (1958). *La significación del falo*. Recuperado en: <http://www.bibliopsi.org/docs/carreras/electivas/ECFG/Psicoanalisis-Escuela-Francesa-Rabinovich/lacan%20-%20la%20significacion%20del%20falo.pdf>

Lacan, J. (s.f). Seminario 16 *De un Otro al otro*. Buenos Aires, Argentina. Paidós (Trabajo original de 1968-69). Recuperado en: <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Seminario-16-De-Un-Otro-Al-Otro-Paidos-BN.pdf>

Laplanche, J. y Pontalis, J. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1996). Recuperado en: <https://www.bibliopsi.org/docs/guia/diccionario-de-psicoanalisis-laplanche-y-pontalis.pdf>

Lipovestky, S. (2008). *Los tiempos Hipermodernos*. Barcelona, España: Anagrama. (Trabajo original publicado en 2004). Recuperado en: <https://cursoshistoriavdemexico.files.wordpress.com/2019/07/lipovetsky-gilles-y-sc3a9bastien-charles-los-tiempos-hipermodernos.pdf>

Serrano, I (2014). *Absoluto*. La Llamada. Sony Music.

Reid, I. (2016). *Estoy pensando en dejarlo*. Madrid: Alianza Editorial, S. A.

Vegh, I. (2002). *El prójimo. Enlaces y desenlaces del goce*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.